

---

---

## GUERRA ENTRE MEXICO Y LOS ESTADOS UNIDOS.

---

SEÑORITA DIRECTORA. SEÑORES. COMPAÑERAS:

Tengo á mi cargo una tarea tan penosa como difícil. Penosa, sí, porque mexicana por nacimiento y de corazón, cuando como ahora tengo que hacer el relato del mayor de los infortunios que han aquejado á mi adorada patria: cuando como ahora tengo que recordar la más cruel de sus desventuras, siento que el corazón se me oprime y que el labio se resiste á cumplir su cometido. Y tanto más penosa encuentro esta tarea, cuanto que mi humilde voz y mi pobre inteligencia, no son ciertamente los factores que se necesitan para presentar á vuestra ilustrada contemplación el cuadro de los sucesos históricos á que voy á referirme, con los brillantes colores que reclaman la majestad del asunto y la delicadeza del patriotismo. Pero si ardua es mi empresa, no temo acometerla, porque sé de antemano que cuento con vuestra benevolencia.

---

No bien la aurora de la libertad comenzaba á extender sus espléndidos celages sobre el cielo político de México, cuando furiosos torbellinos vinieron á turbar la tranquilidad de nuestra mañana de Redención y á oscurecer el hermoso panorama

que á nuestra vista presentaban los seductores horizontes de independencia, de paz y de progreso.

La perfidia, la ambición y las malas pasiones se apoderaron de los prohombres de entonces y pronto el país entero, envuelto en los horrores de una guerra fratricida y sin cuartel, daba al mundo el escandaloso espectáculo de un pueblo ocupado en devorarse á sí mismo y que con la rapidez del vértigo se encaminaba al abismo sin fondo de su más completo aniquilamiento.

Las administraciones se sucedían unas á las otras, se ensayaban diariamente todas las formas de Gobierno, la agricultura estaba muerta, el comercio era sustituido descaradamente por el contrabando, la justicia estaba olvidada y en su lugar imperaban la concusión y el peculado. La guerra absorbía nada más la atención de los gobernantes, la sangre corría á torrentes en los campos de batalla y lo que es más todavía, se invocaba el santo nombre de Dios para levantar cadalsos y armar de puñal el brazo con que el hermano debía arrancar la vida del hermano.

Tal era, Señores, la situación que guardaba la República en 1847 cuando la vino á sorprender la invasión americana. Pero me preguntaréis y con justicia ¿cuál fué la causa que decidió esta invasión? ¿Cuál fué el motivo que los Estados Unidos de América tuvieron para que de nación amiga se cambiara en el más implacable enemigo de nuestra República? ¿Cuál fué la ofensa, cuál el insulto que México infringiera al pabellón americano? ¿Cuáles los atropellos cometidos en las personas ó intereses de sus nacionales y cuáles, en fin, los agravios que tuvieran que vengar para decidirse á levantar un numeroso ejército con la consigna de salvar nuestras fronteras y hundirnos en los horrores de una guerra? No: México no era culpable. Su único crimen consistía en su debilidad y demasiado que lo sabéis: ¡infeliz del débil sobre el que recaen las codiciosas miradas del poderoso! Acudid á la fábula y ella os dirá con qué derecho devoró el lobo al cordero que bebía en la misma corriente don-

de aquel apagaba su sed; consultad á la historia y en lo antiguo, ella os dirá con qué derecho ocupó Acab la viña de Nabod y David se posesionó de Betzabé; y en lo moderno, ella os dirá con qué derecho la Rusia, el Austria y la Prusia se dividieron la Polonia borrando esa nacionalidad del mapa del Continente Europeo.

Ahora bien, los Estados Unidos concibieron en mala hora el proyecto de ensanchar sus fronteras tanto cuanto amenguaran las nuestras y el pretexto para realizarlo lo proporcionó un mexicano, un hijo de Yucatán, D. Lorenzo de Zavala, quien ya había figurado en primera línea en nuestras revueltas políticas y que en esta vez debía servir de ciego pero eficaz instrumento á la ambición americana.

Desde 1836 este mexicano, en unión de algunos americanos, había logrado que el estado de Texas proclamase su independencia, segregándose así del territorio de México.

Santa-Anna abandona la Presidencia de la República para ponerse al frente de un ejército que debía reducir al orden al Estado rebelde y después de una campaña corta, pero sagrienta y costosísima, al caer prisionero, subscribe un tratado, sin estar para ello autorizado, obligando á México á consentir y reconocer la independencia de Texas, aunque con la efímera condición de que ésta jamás se anexaría á los Estados Unidos. Algunos años después Texas, olvidando esta condición, declara que es su voluntad anexarse al territorio americano, y México, como era natural, protesta enérgicamente contra esa resolución. El Gobierno americano que con tanta eficacia y oportunidad había ayudado con sus importantes recursos de dinero, armas y hombres á los texanos en la guerra separatista de México. contestó: que dado el hecho del reconocimiento de la independencia de Texas, por México, ésta, no tenía derecho á intervenir en los asuntos de aquella y que Texas estaba en su perfecto derecho para decidir de su suerte como mejor lo creyese conveniente á sus intereses.

Contentarse con esta explicación, aceptándola como sincera

y justificada, habría sido una cobardía, conocidas como eran las tendencias y propósitos del Gobierno americano; impedir por medio de la fuerza la anexión, era imposible, puesto que nuestra debilidad había sido la base de que habían partido los cálculos de nuestros adversarios. ¿Qué hacer entonces? Lo que hizo el Gobierno mexicano. Sin preocuparle su debilidad ni la desproporción de la lucha por la superioridad del enemigo, y antes bien adelantándose á sus deseos, en una Nota enérgica y patrióticamente redactada, dijo: que si se aceptaba la anexión solicitada por Texas, este solo hecho sería considerado por México como la formal declaración de guerra por parte de aquella nación á nuestra República. La anexión de Texas quedó aceptada por los Estados Unidos, y con ella, como consecuencia indispensable, quedó también declarada la guerra á México por el Gobierno americano. Don Lorenzo de Zavala debió haberse sentido satisfecho: su obra había sido consumada.

Esta fué, Señores, la sola causa, el único pretexto de que sa valieron nuestros vecinos del Norte para traer la guerra á una nación amiga, á una República hermana, cuyo suelo rico y feraz había sido la constante provocación de su codicia, y cuya debilidad estimulaba su impaciencia para asegurar el éxito llevando á cabo sus injustificadas é inicuas pretensiones.

Ahora, puesto que os es ya conocida la causa de esa guerra, permitidme que os haga á grandes rasgos la reseña de esa lucha desigual y sangrienta, cuyo desastroso desenlace encierra para nosotros las más severas y elocuentes lecciones, que el patriotismo exige no olvidar, si queremos que se conserve intacto el tesoro conquistado con la sangre de Hidalgo y de Morelos: la Independencia mexicana.

El año de 1845 tocaba á su fin. El ejército americano, al mando del General Taylor avazaba ya hacia el Bravo. El Gobierno de México tenía apostado en la Frontera, con un puñado de valientes, al intrépido General Arista con el encargo de vigilar los movimientos del enemigo; Ampudia con sus fuerzas ocupaba Monterrey con la orden de acudir con toda oportuni-

dad en auxilio de Arista ó á donde lo exigiesen las circunstancias de la campaña, y Paredes con una división de reserva ocupaba la plaza de San Luis Potosí, con la precisa instrucción de marchar á engrosar las filas del ejército de la Frontera é impedir el avance de Taylor al interior de la República. La misión de este jefe no podía ser más noble. En el momento mismo del peligro, en el instante del conflicto, la nación le entregaba sus armas para que con ellas la defendiera del enemigo extranjero, y en lugar de corresponder á esta confianza con abnegación y con lealtad, como lo exigía el deber y el patriotismo, este jefe no vacila en hacer más grave el conflicto volviendo contra la nación las mismas armas que ésta le había entregado para su defensa. Paredes, en efecto se pronuncia en San Luis desconociendo al Gobierno de la República y marcha violentamente á la capital, cuya guarnición secunda su pronunciamiento y de puesto de la Presidencia el General Herrera, Paredes se hace nombrar Presidente en los primeros días de Enero de 46.

Podría creerse, sin embargo, que este nuevo funcionario se ocuparía de preferencia en activar las operaciones de la campaña apelando al patriotismo de los mexicanos para la pronta provisión de fondos, de armamentos, de municiones y de víveres y que pondría en juego toda su actividad para la violenta organización de de fuerzas que se encargaran de acudir en auxilio de nuestros hermanos hasta arrojar del territorio patrio al extranjero; pero mucho se engañaría quien tal hubiese creído, porque Paredes, sin preocuparle la campaña y rodeado de los más caracterizados reaccionarios, sólo se dedicó con todo empeño á poner los cimientos de un cambio radical en las instituciones del país, preparando el terreno para el establecimiento de la monarquía.

¿Qué pasaba entretanto en la frontera? El ejército mexicano educado en la escuela de las defecciones y de los motines, con un armamento antiguo, desigual y defectuoso, con artillería de muy corto alcance, con muy reducidas municiones, casi sin víveres y sin recursos pecuniarios, desnudo, sin unidad de

mando, relajada la disciplina, perdida la confianza de la tropa para con sus jefes y reinando entre éstos la división y la discordia, con estos elementos se preparaba para la lucha. Taylor avanzaba hasta la márgen izquierda del Bravo donde construye fortificaciones y el 8 de Mayo de ese mismo año de 46 Arista toma la iniciativa y en Palo-Alto se traba el primer combate. Este fué sangriento. El ejército americano abastecido hasta la abundancia, de víveres y de municiones, con armamento flamante, con artillería de primera calidad y numerosa y con un excelente servicio de trenes y ambulancias se preparó á la defensa rompiendo un fuego nutridísimo de artillería sobre las filas de los valientes soldados de Arista cuyo valor y denuedo tenía que estrellarse en la superioridad numérica del enemigo. Derrotados y rendidos por el hambre y la fatiga se retiran Arista y los suyos hasta la Resaca de Guerrero en donde son de nuevo derrotados y se les obliga á repasar el Bravo y á refugiarse en Matamoros, cuya plaza abandonan en seguida retirándose hasta Linares. Para que se tenga una idea de lo imperfecto de nuestro ejército en campaña y de la pésima administración, en aquella época, baste decir que en Palo-Alto no hubo un solo médico ni el más insignificante botiquín para atender á los heridos; que la maniobra de repasar el Bravo costó centenares de soldados que perecieron ahogados por la falta de embarcaciones, y que en Matamoros quedaron abandonadas algunas piezas de artillería, multitud de equipajes y cajas de municiones por la falta de acémilas y de carros.

Taylor ocupó Matamoros y marchó luego sobre Monterrey. Allí Ampudia hace prodigios de valor; pero á pesar de su heroica defensa, agotadas sus municiones logra ajustar una capitulación y con armas y bagajes se dirige para San Luis Potosí quedando Monterrey en poder de los invasores.

Entretanto un nuevo pronunciamiento había arrojado del poder á Paredes y había hecho venir á Santa Anna, quien dejando en el puesto de Presidente á D. Valentín Gómez Farías

tomó el mando del ejército y se dirigió á San Luis en los últimos días del año de 46. Reunidas allí las tropas que sacó de la capital con los contingentes de Jalisco y Guanajuato y las tropas que Ampudia sacó de Monterrey, hicieron un total de 14,000 hombres y con este ejército se dirigió Santa-Anna al encuentro de Taylor. El 22 de Febrero del terrible año de 47 tuvo lugar ese encuentro en el punto llamado la Angostura, en las inmediaciones del Saltillo. Allí se libró la única batalla en forma que se registra en toda esa campaña, batalla á la que puso término la noche y en la que, aunque el éxito fué favorable á nuestras armas, Santa-Anna no supo aprovecharse de su triunfo, pues aunque al siguiente día logró alcanzar nuevas ventajas sobre el enemigo, ordenó, sin embargo, la retirada á Agua Nueva, en donde faltó de provisiones y de elementos para atender á sus heridos, se vió obligado á emprender la retirada hasta San Luis Potosí.

Mientras estos desastres se sucedían en la frontera, en la capital se daba un nuevo escándalo. Sobornados algunos batallones de guardia nacional por el clero, con el fin de impedir la ejecución de las leyes de nacionalización de bienes eclesiásticos que Gómez Farías había hecho publicar, se sublevaron contra este gobernante, encabezados por los generales Salas y Peña, y durante varios días las calles de la capital fueron el teatro de continuos combates entre los mismos defensores de la Independencia nacional.

Este escándalo cesó con la llegada de Santa-Anna quien se recibió desde luego de la Presidencia.

Casi al mismo tiempo la escuadra americana apareció en las aguas de Veracruz intimidando rendición al jefe de aquella plaza. La respuesta del general Morales fué enérgica y negativa y dió principio al bombardeo. Durante cinco días consecutivos se desató sobre Veracruz una verdadera lluvia de fierro y de fuego y sólo cuando Morales vió fuera de combate más de la tercera parte de su tropa, cuando había resistido la plaza los estragos de 6,700 bombas y el choque de más de 12,000

balas de cañón, ajustó una honrosa capitulación, dirigiéndose con sus fuerzas á la capital de la República.

Santa-Anna quiere vengar este golpe y se dirige con nuevas fuerzas al encuentro de los invasores, y en Cerro Gordo, por una imperdonable falta de precaución, olvida reconocer un bosque y al comenzar la batalla se ve de pronto flanqueado y en muy pocas horas se consuma su más completa derrota. Entonces retrocede á la capital para preparar la defensa del Valle, y Puebla es ocupada por el ejército americano sin oponer la más insignificante resistencia, pues lejos de eso el obispo de aquella diócesis tuvo el especial cuidado de distinguirse prodigando con verdadero alarde al general Scott y á su ejército las muestras de su consideración y simpatía.

Pero ¿para qué fatigar más vuestra atención? Baste decir que á la derrota de Cerro Gordo se siguieron sin interrupción los desastres de Padierna, Churubusco, el Molino del Rey y por último el de Chapultepec, donde los jóvenes alumnos del Colegio Militar, salidos apenas del regazo maternal, con el fusil embrazado y disputando su puesto á los veteranos, no vacilan en presentar sus pechos infantiles á la metralla del invasor y..... en la edad de las ilusiones, de los ensueños y de las esperanzas, caen como lirios agostados por el huracán. ¡Caen y mueren! es verdad, pero no sin arrancar antes á la gloria sus más frescos laureles y no sin recibir sobre sus frentes de niños el beso tierno y delicado que la Patria reserva nada más para los héroes. ¿Quién de vosotros no envidia la gloria de los mártires de Chapultepec? Mártires sí, es el título que como beso imprimió llorando la Patria en sus puras frentes; mártires á quienes no intimidó la adversidad ni acobardó la idea de la muerte. Escuchad ¡oh héroes! desde vuestra eterna morada mi humilde voz, que llena de entusiasmo os dice: vuestros nombres serán para los mexicanos un talismán de inestimable precio; para lloraros como es debido no bastarán las lágrimas de la humanidad, para cantar vuestra gloria serán pocos los

acordes de todas las liras y para guardar vuestra memoria serán pocos, muy pocos, los relicarios de todos los corazones.

Santa-Anna decide entonces abandonar la capital y á poco de efectuar su salida, al saber que el pabellón de las estrellas ondeaba en el Palacio Nacional, decidió hacer lo que debió haber el primer día: la dimisión de la Presidencia. El Presidente interino D. Manuel de la Peña y Peña se retira á Querétaro y allí convoca al Congreso entregando el puesto al General Anaya; pero á poco lo vuelve á recibir por designación expresa del Cuerpo legislativo y es bajo su administración cuando se consuma el sacrificio, firmándose en Guadalupe Hidalgo el tratado que puso fin á tan desastrosa guerra y en virtud del cual México cedía á los Estados Unidos la tercera parte de su territorio consistente en la Alta California, los Estados íntegros de Texas y Nuevo México y la parte Septentrional de Chihuahua, Coahuila y Tamaulipas, recibiendo en cambio México unos cuantos millones de pesos.

Tal fué, señores, el desenlace de la desigual é inicua guerra que México se vió obligada á sostener con la vecina República del Norte, y que iniciada en 45 no se dió por terminada sino hasta los primeros meses de 48.

¿De qué sirvieron el valor de Arista y el de Ampudia? ¿De qué sirvieron la energía de Morales, el arrojo de Valencia, el heroísmo de Anaya y la intrepidez de Echeagaray? ¿De qué sirvió el sacrificio del ilustre Xicotencatl, el de Martínez de Castro, el de Peñúñuri, el de Cano, el de Gelaty, el de los heroicos alumnos del Colegio Militar y el de tantos y tantos mártires que sucumbieron en esta contienda? ¿De qué sirvieron? De mucho. Por ellos sabe el mundo entero de lo que México es capaz en materia de abnegación, de valor y de patriotismo, y por ellos saben los mexicanos lo que se debe hacer cuando la Patria peligrá. Por ellos sabemos que el deber de un pueblo en el caso en el que se vió el de México, está concretado á luchar con denuedo y sin descanso, sin tener en cuenta la seguridad del desastre.

Este fué el resultado de nuestra debilidad, y esta fué á su vez la consecuencia lógica y segura de la guerra civil por más de veinte años sostenida. La miseria del Erario que hizo que nuestro ejército estuviera desnudo, con hambre y casi desarmado, no reconocía otra causa que la guerra civil en la cual habían sido agotados los recursos todos de la Nación y aun la misma deslealtad y felonía de Paredes, de Salas y de Rincón, fué también la justa y debida cosecha de la inmoralidad y corrupción sembradas en la misma escuela de revoluciones intestinas.

Pero hoy por fortuna esos funestos tiempos han pasado y ojalá sea para siempre! La generación presente no ha nacido entre el estruendo de los combates y el fuego de las revoluciones. Su cuna se ha mecido por las arrulladoras brisas de la paz, y al crecer, en la escuela y en el taller ha recibido ya los beneficios de la ciencia y las satisfactorias compensaciones del trabajo. Hoy, la transformación ha sido completa: la discordia encadenada por la hercúlea mano del patriotismo, no ha vuelto ha salir de su guarida y diez y siete años de paz han sido bastantes para convertir á la Nación revolucionaria de ayer, en la Nación laboriosa y pacífica de hoy, que en el trabajo y sólo en el trabajo espera encontrar la base segura de un porvenir próspero y feliz.—(*Nutridos y prolongados aplausos.*)

México, Julio 29 de 1893.

CONSTANZA P. LÓPEZ.

---



---

## IMPORTANCIA DE LA CIENCIA

PARA LA

### PERFECTIBILIDAD Y BIENESTAR DE LA HUMANIDAD.

---

SEÑORITA DIRECTORA, SEÑORES, QUERIDAS COMPAÑERAS:

Al amanecer de un hermoso día de primavera, cuando llega á nuestros oídos el dulce canto de los pajarillos que saltando de rama en rama, de flor en flor, entonan himnos de agradecimiento al Omnipotente Ser que los creara; cuando la apacible y sonrosada aurora va arrancando poco á poco el negro y espeso velo que cubre de luto todo el espacio; cuando á nuestra vista los perfumados pétalos de una rosa se entreabren como para saludar al naciente astro del día, más de una vez nos hemos sentido anonadados al admirar tan grandioso espectáculo, y al conocer nuestra insuficiencia para penetrar los divinos arcanos del Supremo Hacedor creando esas obras maestras de la naturaleza, hemos exclamado sin sentirlo; cuán grandes son los misterios de que el hombre está rodeado! Es verdad, todo es misterio para él; muchos de esos misterios le quedarán ocultos mientras dure su vida mortal, en tanto que otros le serán revelados, porque hay algo que puede guiarle en medio de esas tinieblas, hay una mano protectora que conduciéndolo amorosamente por sendas ignoradas entonces para